

4º Dom. Cuaresma. A Dame tu Luz para ver



Pon tu mano en mis ojos para que llegue a comprender las cegueras que me habitan y no me dejan crecer. Ilumina mis zonas oscuras purifica mi querer, haz que mis mejores deseos comiencen a florecer. Quiero acoger tu novedad y dejarme sorprender por tus extrañas elecciones que nada tienen que ver con los criterios habituales en los que me acostumbro a mover; tú no te fijas en las apariencias, ni en el mucho saber, sino en la disposición interior y el brillo de la sencillez. Envíame a lavarme en el torrente de ese Siloé que es la fuente de tu gracia donde me invitas a beber; a sumergirme en tu vida para no desfallecer. Dulce ceguera que me guía a encontrarme en la fe y a descubrir la alegría de despertar y creer. Que mi vida confiese cada día: "era ciego y tu Luz me enseñó a ver"



Gracias, Señor, porque tu luz no grita, no invade, no obliga: simplemente se ofrece como la mañana que se cuele por una rendija. Gracias porque, incluso cuando yo me pierdo, Tú no apagas tu lámpara ni te cansas de esperarme. Gracias por los instantes en los que la claridad me sorprende en un gesto, una palabra, un silencio fecundo.



Haz que mi gratitud no sea sólo un susurro, sino un compromiso vivo, un «sí» cotidiano a tu luz, un paso decidido hacia la vida nueva que Cristo me muestra. *[Libro Cáritas]*



Gracias porque tú no miras las apariencias, sino el corazón. Así como elegiste a David cuando nadie lo esperaba, también nos eliges y confías en nosotros tal como somos. Gracias porque antes éramos tinieblas, pero en ti somos luz. Ayúdanos a vivir como hijos de la luz, haciendo el bien, buscando la verdad y caminando siempre contigo. Que nunca olvidemos las maravillas que haces en nosotros.

- **MIRADA DE DIOS.** Nos pasa como a Samuel. Nos fijamos en lo externo: éxito, imagen, poder, popularidad, apariencia, lo grandioso, lo que se ve a primera vista... Actuamos con criterios humanos. Dios, en cambio, mira lo que hay dentro: el corazón, la sinceridad, la capacidad de amar, elige lo pequeño, lo que nadie tiene en cuenta, al "último de la fila"... Y así se posicionó también Jesús, el último, como el que sirve. *¿Cómo es mi mirada? ¿En qué me fijo habitualmente de las cosas, los acontecimientos, las personas...? ¿Qué hay de bueno en esa persona que quizá no estoy viendo? ¿Qué me pasa desapercibido? ¿Cómo "trabajar" mi mirada para acercarme a la "mirada de Dios"?*
- **NUESTRAS CEGUERAS.** Hay un contraste en el evangelio: un ciego que no ve pero acaba viendo y creyendo... y unos fariseos que creen ver pero son los que están realmente ciegos y no creen. El ciego cree porque se deja "hacer": permite que Jesús le toque, se abre y está disponible para Jesús, escucha sus propuestas, obedece sus indicaciones... También nosotros tenemos cegueras que curar, "zonas oscuras" que tenemos que dejar que Jesús nos ilumine: cuando creemos que siempre tenemos razón, juzgamos rápidamente, no hacemos el esfuerzo por cambiar, vemos sólo lo que queremos ver, nos acostumbramos al mal y dejamos de verlo... *¿En qué aspecto de mi vida quizá estoy un poco "ciego"? ¿me dejo corregir cuando alguien insinúa que tengo que mejorar?*
- **LA LUZ DE JESÚS.** Cuando el ciego se encuentra con Jesús, no sólo recupera la vista, recupera también la fe, la dignidad y la alegría. Tiene un proceso en el que poco a poco va llegando a un conocimiento más íntimo y personal de Jesús (es bonito comprobar cómo va nombrando a Jesús cada vez de una manera profunda) Jesús no sólo nos ilumina para ver mejor la realidad, sino para vernos mejor a nosotros mismos y para ver a Dios actuando en la vida. La Cuaresma nos invita a eso: dejar que la luz de Jesús clarifique nuestras sombras, nos haga "luminosos" y podamos ser luz para los demás con pequeños detalles y gestos

Pedimos a Dios que nos ayude a cambiar nuestra mirada, a reconocer nuestras cegueras y a abrirnos a la luz de Jesús.

TÚ ERES LA LUZ DEL MUNDO. Reflejos de Luz
https://youtu.be/7xLjHgl-yIA?si=sWJX_h0adlg7S1RG

Acudimos a Ti, con confianza:

- Ilumina nuestras tinieblas y cura nuestras cegueras.
- Disipa nuestras desconfianzas y resistencias.
- Borra nuestras intolerancias e intransigencias



Ayúdanos a iluminar...

- las oscuridades de nuestro propio corazón y nos dejemos transformar por tu gracia.
- la mirada, tantas veces llena de prejuicios y apariencias falsas.
- la vida de aquellos que sufren la exclusión y el rechazo social, para que en nuestras comunidades encuentren acogida adecuada.
- las dudas de los que buscan la verdad con sinceridad de manera continuada.
- a nuestros gobernantes para que sus decisiones se guíen por la búsqueda del bien común, la paz y la justicia tan necesarias.
- las situaciones de injusticia para que sean solucionadas.
- nuestra fe en los momentos de prueba, para que nos mantengamos fieles y con esperanza.
- los hogares donde falta el amor y el diálogo, y que la luz de tu Evangelio sane las heridas y restaure las relaciones deterioradas.
- nuestra labor diaria, para que cada pequeña acción sea reflejo de tu luz trasfigurada.
- el camino de la Iglesia, para que sea siempre un faro de misericordia que guía a todos hacia el encuentro con la luz de la Pascua.

**Lectura del primer libro de Samuel
(16,1b.6-7.10-13a):**

En aquellos días, el Señor dijo a Samuel:
«Llena la cuerna de aceite y vete,
por encargo mío, a Jesé, el de Belén,
porque entre sus hijos me he elegido un rey.»
Cuando llegó, vio a Eliab y pensó:
«Seguro, el Señor tiene delante a su ungido.»
Pero el Señor le dijo:
«No te fijas en las apariencias
ni en su buena estatura. Lo rechazo.
Porque Dios no ve como los hombres,
que ven la apariencia; el Señor ve el corazón.»
Jesé hizo pasar
a siete hijos suyos ante Samuel;
y Samuel le dijo:
«Tampoco a éstos los ha elegido el Señor.»
Luego preguntó a Jesé:
«¿Se acabaron los muchachos?»
Jesé respondió: «Queda el pequeño,
que precisamente está cuidando las ovejas.»
Samuel dijo: «Manda por él,
que no nos sentaremos a la mesa
mientras no llegue.»
Jesé mandó a por él y lo hizo entrar:
era de buen color,
de hermosos ojos y buen tipo.
Entonces el Señor dijo a Samuel:
«Anda, úngelo, porque es éste.»
Samuel tomó la cuerna de aceite
y lo ungió en medio de sus hermanos.
En aquel momento,
invadió a David el espíritu del Señor,
y estuvo con él en adelante.

Salmo 22,1-3a.3b-4.5.6

*R/. El Señor es mi pastor,
nada me falta*

El Señor es mi pastor,
nada me falta:
en verdes praderas
me hace recostar,
me conduce
hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas. R/.

Me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre.
Aunque camine
por cañadas oscuras,
nada temo,
porque tú vas conmigo:
tu vara y tu cayado
me sosiegan. R/.

Preparas una mesa ante mí,
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza
con perfume,
y mi copa rebosa. R/.

Tu bondad y tu misericordia
me acompañan
todos los días de mi vida,
y habitaré
en la casa del Señor
por años sin término. R/.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios (5,8-14):

En otro tiempo erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor.

Caminad como hijos de la luz

—toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz—,
buscando lo que agrada al Señor,
sin tomar parte en las obras estériles de las tinieblas,
sino más bien denunciadlas.

Pues hasta da vergüenza mencionar
las cosas que ellos hacen a escondidas.

Pero la luz, denunciándolas, las pone al descubierto,
y todo lo descubierto es luz.

Por eso dice: «Despierta, tú que duermes, levántate de entre los muertos,
y Cristo será tu luz.»

Lectura del santo evangelio según san Juan (9,1-41)

Y al pasar vio Jesús a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron
sus discípulos:

—Rabbí, ¿quién pecó: éste o sus padres, para que naciera ciego?

Respondió Jesús:

—Ni pecó éste ni sus padres, sino que eso ha ocurrido para que las obras
de Dios

se manifiesten en él. Es necesario que nosotros hagamos las obras del
que me ha enviado

mientras es de día, porque llega la noche cuando nadie puede trabajar.
Mientras estoy en el mundo soy luz del mundo.

Dicho esto, escupió en el suelo, hizo lodo con la saliva, lo aplicó en sus
ojos y le dijo:

—Anda, lávate en la piscina de Siloé —que significa: «Enviado».

Entonces fue, se lavó y volvió con vista.

Los vecinos y los que le habían visto antes, cuando era mendigo, decían:

—¿No es éste el que estaba sentado y pedía limosna?

Unos decían:

—Sí, es él.

Otros en cambio:

—De ningún modo, sino que se le parece.

Él decía:

—Soy yo.

Y le preguntaban:

—¿Cómo se te abrieron los ojos?

Él respondió:

—Ese hombre que se llama Jesús hizo lodo, me untó los ojos y me dijo: «Vete a Siloé y lávate». Así que fui, me lavé y comencé a ver.

Le dijeron:

—¿Dónde está ése?

Él respondió:

—No lo sé.

Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego.

El día en que Jesús hizo el lodo y le abrió los ojos era sábado.

Y los fariseos empezaron otra vez a preguntarle cómo había comenzado a ver.

Él les respondió:

—Me puso lodo en los ojos, me lavé y veo.

Entonces algunos de los fariseos decían:

—Ese hombre no es de Dios, porque no guarda el sábado.

Pero otros decían:

—¿Cómo es que un hombre pecador puede hacer semejantes prodigios?

Y había división entre ellos. Le dijeron, pues, otra vez al ciego:

—¿Tú qué dices de él, puesto que te ha abierto los ojos?

—Que es un profeta —respondió.

No creyeron los judíos que aquel hombre habiendo sido ciego hubiera llegado a ver,

hasta que llamaron a los padres del que había recibido la vista, y les preguntaron:

—¿Es éste vuestro hijo que decís que nació ciego? ¿Entonces cómo es que ahora ve?

Respondieron sus padres:

—Nosotros sabemos que éste es nuestro hijo y que nació ciego.

Lo que no sabemos es cómo es que ahora ve. Tampoco sabemos quién le abrió los ojos. Preguntádselo a él, que edad tiene. Él podrá decir de sí mismo.

Sus padres dijeron esto porque tenían miedo de los judíos, pues ya habían acordado que si alguien confesaba que él era el Cristo fuese expulsado de la sinagoga. Por eso sus padres dijeron: «Edad tiene, preguntádselo a él».

Y llamaron por segunda vez al hombre que había sido ciego y le dijeron:

—Da gloria a Dios; nosotros sabemos que ese hombre es un pecador.

Él les contestó:

—Yo no sé si es un pecador. Sólo sé una cosa: que yo era ciego y que ahora veo.

Entonces le dijeron:

—¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?

—Ya os lo dije y no lo escuchasteis —les respondió—. ¿Por qué lo queréis oír de nuevo?

¿Es que también vosotros queréis haceros discípulos suyos?

Ellos le insultaron y dijeron:

—Discípulo suyo serás tú; nosotros somos discípulos de Moisés.

Sabemos que Dios habló a Moisés, pero ése no sabemos de dónde es.

Aquel hombre les respondió:

—Esto es precisamente lo asombroso: que vosotros no sepáis de dónde es y que me haya abierto los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores.

En cambio, si uno honra a Dios y hace su voluntad, a ése le escucha.

Jamás se ha oído decir que alguien haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento.

Si éste no fuera de Dios no hubiese podido hacer nada.

Ellos le replicaron:

—Has nacido en pecado y ¿nos vas a enseñar tú a nosotros?

Y le echaron fuera.

Oyó Jesús que le habían echado fuera, y cuando se encontró con él le dijo:

—¿Crees tú en el Hijo del Hombre?

—¿Y quién es, Señor, para que crea en él? —respondió.

Le dijo Jesús:

—Si lo has visto: el que está hablando contigo, ése es.

Y él exclamó:

—Creo, Señor —y se postró ante él.

Dijo Jesús:

—Yo he venido a este mundo para un juicio, para que los que no ven vean,

y los que ven se vuelvan ciegos.

Algunos de los fariseos que estaban con él oyeron esto y le dijeron:

—¿Es que nosotros también somos ciegos?

Les dijo Jesús:

—Si fuerais ciegos no tendríais pecado, pero ahora decís:

«Nosotros vemos»; por eso vuestro pecado permanece.